

"Yo Quiero Morir Contigo, Lorenzo, Como Abrazao a un Rencor" (BLANCO ACEVEDO)

EL TERO imprudente

Año I

Montevideo, 7 de Octubre de 1954

EL REPORTAJE EXCLUSIVO

PRECIO \$ 0.15

Lo que nos Dice el Dr. Fúlmíne

(BLANCO ACEVEDO PARA LOS INTIMOS)

Nos recibió un lacayo de librea (los otros ni nos reciben), y contra el máximo enemigo.

—Y César, el otro mosquetero?

—Bueno, César nunca anda armado... Ya nos arreglaremos sin él. Ah, veréis todo lo que hacemos... Hasta reconquistaré el Hospital de Clínicas.

—Y D'Artagnan, doctor...? Nadie representa a D'Artagnan?

—Estamos estudiando el punto... Yo he propuesto a quien,

por sus elevadas virtudes caballerescas, lealtad y honradez a toda prueba, mejor encarnaría ese rol.

—Usted dirá. Este... ¡perdón!, vos direís, doctor.

—Su nombre suena grataente en esta estancia (aunque no en todas las estancias)... Se trata del esclarecido patriota don Aquiles Espalter.



LA "RECONTRA - UNIÓN" BLANCA
Por W. IBARRA



Los once la tradición
(la de Oribe y Aparicio),
y van juntos al comicio
sin existir más razón.
Pues la razón que valiera
ya la dice el cartelito:
con los yanquis va Eduardo
y en contra va el viejo Herrera.
No tienen plan, ni doctrina,
sino un ponche apilillado...

y quieren, con el pasado,
pintar la cosa divina.
Y entonces uno pregunta,
oyéndolos declamar:
¿Qué programa de avanzar
esta ofreciendo esta yunta?
Y con los ojos abiertos
el gaúcho menos chambón
no entreverá la elección
de estos vivos, con los muertos.

Nos recibió un lacayo de librea (los otros ni nos reciben), y contra el máximo enemigo. Nos preguntó qué desábamos.

—Pues, ver al doctor...

—Han llenado el formulario?

—Qué formulario?

—Este, caballeros...

Y nos extendió una hoja en donde debíamos estampar nuestro nombre, el de nuestros padres, estudios cursados, idiomas que poseyéramos, número de la Credencial, la edad, señas personales e identidad del sastre que nos fia. Luego, el hombre de la librea, gravemente, nos preguntó:

—Trajeron el certificado de vacuna?

—Fero... ¡que macana! Lo dejamos en el auto...

—De "remise"...

—Oh, no... un taxi.

Notamos que habíamos perdido puntos. En fin, a ver si podemos caerle en gracia con otra cosa.

—Gusta un cigarrillo? —le dijimos con la sonrisa más macabra que conseguimos. Son de tabaco negro.

Al extenderle la cajilla tratamos que nos vieran bien las uñas de luto. Pero se alejó, sin hacernos caso. Cuando regresó, al cabo de varios minutos, nos dijo con voz cavernosa, haciendo una seña:

—Por esa puerta se fué diciendo nunca...

—¿Cómo dice?

—Oh, perdón... Pasan por ahí. El doctor Blanco los aguarda. Y no olviden que él es parco, lo que se dice profundamente parco.

Cruzamos una habitación lujosamente alfombrada. Después otra. En seguida una tercera. Temímos perdernos y lanzamos una especie de llamada:

—Ju... ju... Doctor, ¿dónde estás?... digo, ¿dónde estás, doctor?

Elegantemente vestido de negro, con una corbata negra y un negro paraguas bajo el brazo, se adelantó a nuestro encuentro el distinguido ciudadano:

—Mis queridos amigos, sed bien venidos a esta humilde morada.

—Gracias, doctor... Nosotros veníamos...

Lamento deciros que recién le di un "coup de telephone" a mi buen ahijado Cartolano y me acaba de confirmar que no hay vacantes por el momento...

—Oh, no, doctor... No andamos en eso. Con lo que ganamos en EL TERO nos sobra la plata... Venímos en busca de declaraciones suyas, en este momento crucial.

—Hacéis bien en mencionar la cruz... Un reportaje, entonces? Muy bien. Aunque, para seros franco, esperaba al cronista de "El Día"... Se está demorando ese chico.

—Quisiéramos informar a los lectores sobre el acuerdo con "El Día", justamente...

—Ah, sensacional, mis amigos... ¡Sensacional! Como bien sabéis vosotros, al "Día" también se le llama, por buen nombre, "El Panteón"... ¡no es así?... Y bien, jamás me he sentido más dichoso que en esta hora, en que podré por fin ayudar a mis grandes compañeros de la lista 14... Ayuda, por otra parte, completamente desinteresada en lo que a mí respecta...

—Entonces... ¿el acuerdo es un hecho?

—Más que un hecho, es un hechizo. Y más que un hechizo, es un espíritu. Nada ni nadie nos podrá separar. Juntos agarraremos el camino de las urnas. Yaguarón para abajo...

—Sin embargo, doctor, usted no era anti-batillista?

—¿Quién? ¿Yo?... Vosotros debíais. Como sois tan jóvenes es posible que no recordéis mi actuación. Soy un batillista principista de toda la vida. Y no olvidéis que yo estuve junto a Baltasar Brum, mi gran amigo, en aquellas horas tan amargas, anteriores a mi nombramiento de Ministro de Salud Pública.

—Así que usted había estado con el doctor Brum el 31 de marzo?... Ahora nos explicamos...

—¡Qué fatalidad! Le di un gran abrazo... un fuerte abrazo... y nunca más lo encontré vivo.

—Y... sí... ¡claro!

—Veinte años después, como solía decir mi buen amigo el Vizconde de Bragollone, concreto uno de mis mejores deseos: reunirme otra vez con Lorenzo y con César. Los tres juntos, de nuevo. En una pañuelo, los tres mosqueteros...

—Usted lo dice, doctor...

—Lorenzo con su espada y yo con mi paraguas, avanzaremos

—Oh, muy bien... Sería una embocada.

—Efectivamente. Sería un acierto total. Un acierto a todos los premios, como gusta expresarse mi dilecto compañero de ideales.

—Algo más, doctor...?

—Decid al pueblo, especialmente al pueblo batillista, que no dudo ni un instante de nuestra victoria. Yo y la 14, la 14 y yo, consustanciados con el espíritu de... Mejor dicho, con los espíritus, obtendremos un triunfo fabuloso. Tal como lo he soñado siempre y nunca lo obtuve... ¡ay de mí! Pero él se producirá este 2 de noviembre.

—Las elecciones son el 28, doctor...

—Ah, es cierto... Lo que es la costumbre... ¡no?

termino?... No tema, señor Presidente.

—Sr. Presidente. — La Cámara fue citada para considerar el problema de la carne. Y está hablando del café con leche.

—Sr. Ferreira Serra. — ¡Me permití? Yo recién presenté una minuta...

—Sr. Flores. — ¡Qué papá!

—Sr. Reyes de Ohaco. — Es usted muy galante...

—Sr. Flores. — Perdone, señora diputada... Pero no me dirigía a usted en este momento. Estaba pensando en Su Santidad...

—Sr. Reyes de Ohaco. — ¡Mi Santidad?... ¡Oh!... — ¿Qué entiendes tú de tu campana de orden?

—Sr. Presidente. — La Mesa rueda a los señores diputados que no dialoguen en alta voz. Están armando demasiado fideo...

—Sr. García Pintos. — Primero el café, después la leche y la mantequilla, luego la carne... Ahora el fideo. ¡Pero qué es esto? ¡El Parlamento o una olla podrida?

—Sr. Ferreiro Iraola. — También... ¡Aquí hay cada chorizo!... (campana de orden)

—Sr. Presidente. — Orden, señores diputados...

—Sr. Baile Pacheco. — El señor diputado Ferreiro Iraola acaba de hacer una denuncia que reputo grave...

—Sr. Arismendi. — ¡Cómo dice?

—Sr. Baile Pacheco. — Yo a usted no lo conozco. Salga de mi vida... ¡Quiere?

—Sr. Presidente. — El señor diputado Arismendi no puede interrumpir.

—Sr. Baile Pacheco. — Yo digo que el señor Ferreiro Iraola...

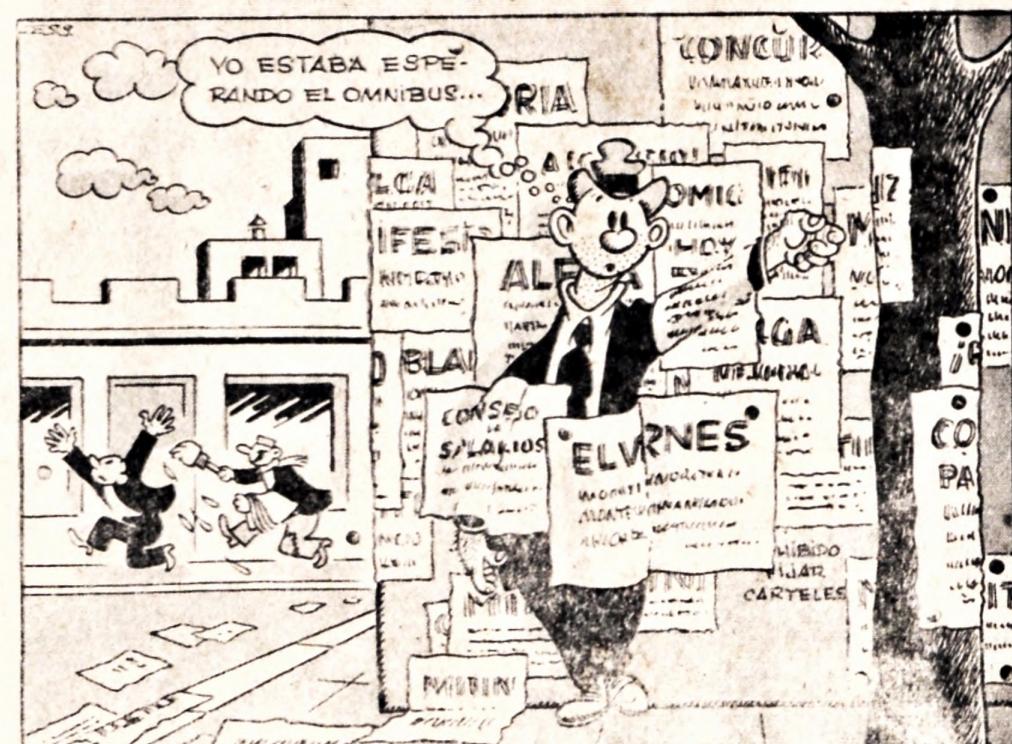
—Sr. Ferreiro Iraola. — El señor diputado Ferreiro Iraola...

—Sr. Baile Pacheco. — No tengo inconveniente... El señor diputado formuló una grave acusación a la Cámara que debe ser...

—Sr. Presidente. — La Mesa quiere hacer notar que estamos fuera de la Cámara.

—Sr. Ferrer Serra. — De queventillada. Dijo, y me remito a

A CUALQUIERA LE PUEDE PASAR



Al menor descuido, en estos días de fan intensa pegatina pre-electoral, un ciudadano puede verse en esta situación. Y eso que no está en Montevideo Dogmar Martinez, que es el mejor PEGADOR...

la versión taquigráfica, que aquí "habla cada chorizo..."

—Sr. Ferreiro Iraola. — Por mí, que se viente.

—Sr. Baile Pacheco. — Creo que estamos contribuyendo con nuestro silencio al des prestigio del Parlamento. No se puede pasar por alto la expresión del señor diputado, que de no aclararse arrojaría sospechas sobre todos nosotros... (apoyado).

—Sr. Presidente. — La Mesa sugerencia al señor diputado Ferreiro Iraola que retire el chorizo, es decir, la palabra esa que ha motivado esta incidencia.

—Sr. Ferreiro Iraola. — Con mucho gusto... Y pido disculpas a la Cámara, porque no estuve en mi intención...

—Sr. Presidente. — ¡Se da por satisfecho el señor diputado Baile Pacheco?

—Sr. Baile Pacheco. — Espero que no se repita...

—Sr. Bianchi Altuna. — Difícil... El chorizo siempre repite.

—Sr. Gilmet. — Mi sector pide un cuarto intermedio de veinte minutos.

—Sr. Presidente. — Se va a votar... 25 en 26. Afirmitiva.

—Sr. Baile Pacheco. — Si no es mucha curiosidad... para qué quieren el cuarto intermedio?

—Sr. Gilmet. — Mi sector se quiere pronunciar sobre el problema de las actividades antinacionales que nosotros, como bien sabe la Cámara, como antinazis de toda la vida, hemos combatido ardorosamente. Y sospechamos que algu-

nos de los chorizos mencionados en Salas puedan ser frankfurters... comprende el señor Presidente?

—Sr. Presidente. — Comprendo, comprendo... vayan nomás, van...

—Telen lento)

LLEGO JULIO E. SUAREZ

En estos días, cómodamente estibado en el vapor "Yapeyu", retornó a la patria querida de su alma y la nuestra, don Julio E. Suárez, después de sobrelevar las alternativas de una prolongada permanencia en el viejo mundo. Enviado a Suiza por la revista "Fútbol Actualidad", en ocasión del campeonato de triste recuerdo, el sin grupo prestigioso periodista y dibujante recorrió todos los lugares de la Silvana Panamericana (y de varios millones de italianos más), la Francia eterna y la España que tanto se sufre y se quiere.

La vuelta de "Peloduro" movilizó a sus muchos amigos, que le ofrecieron un bruto agasajo. Nuestro querido compañero se encuentra bien de salud, contento de su jira europea, y algo distendido, como siempre. (Bueno, en París hay que ver lo que se disfraza...) Todos nos hallamos felices de que Suárez haya pegado la vuelta (pegarla sí; pagaría... ¡cuálquier día!), y aguardamos la próxima hora de su reincorporación a la actividad periodística.

Ella significará, sin duda, la reaparición de la revista "Peloduro", cuya ausencia hemos intentado vanamente disimular. Y ahora, Mono, tomate una y contate otra. O viceversa...

LOS PLATOS FUERTES



Este "minestrón" con Blanco Acevedo, vas a ver. César, qué lindo sabor que tiene.

—Revólve bien, Lorenzito, revólve bien... Mirá que si no puedes resultarnos indigesto.

CARTELERA

"ÚNICO EN SU CLASE". — César Batlle.
"EL SUEÑO ANCLADO". — Judith Reyes de Ohaco.
"GRAN CIRCO NORTEAMERICANO". — Eduardo Rodríguez Larreta.
"FIGARO QUA... FIGARO LA". — Donato Cartolano.
"ROMEO Y JULIETA". — Lorenzo Balle y Eduardo Blanco Acevedo.
"LOS ORGULLOSOS". — Manini Ríos y Chohuy Terra.
"EL HOMBRE QUIETO". — Charlone.
"LA CASA DE LOS MILLONES". — 18 y Yaguarón.
"LA SUERTE LLAMA TRES VECES". — Luisito.
"PIRATA DE LOS SIETE MARES". — Aquiles Espalder.
"LA MUERTE EN LAS CALLES". — Lista 14.
"EL COLMO DE LA CARADURA". — Ramón Viña.
"ESPECIALISTA EN SEÑORAS". — Antonio Gustavo Fusco.
"AMOR EN EL INFIERNO". — Haedo y Fernández Crespo.
"HOGUERAS DE ODIO". — Acuerdo de la 14 y Blanco Acevedo.
"HUESPED DE OCASIÓN". — Francisco Gilmet.

EL TERO imprudente

Crónicas de la Ciudad

UNA CONFESIÓN

Por EL HACHERO

Uno nunca está satisfecho. Palabra. Si le falta porque lo falta, y si lo tiene porque lo tiene, pero la cuestión es que jamás está conforme. Nos pasamos, por ejemplo, una semana entera ansianto a esa chiquilina que no se aparta un momento de nuestra memoria. Y cuando pasó la semana y la tememos al lado sufrimos una especie de decepción, de enfriamiento. Me he pasado días enteros esperando un llamado telefónico Atento. Próximo al aparato. Lo único que me faltó fue sentarme al lado de él con una caldera y un mate. Y uno de esos días salgo apurado a cenar y la encuentro en la puerta. Tiene algo muy serio que contarme. Y entonces, lejos de sentirme entusiasmado por el hallazgo, experimento una vaga sensación de molestia. Ya se lo que son esos cuentos que, sobre su vida, gustan hacer las muchachas. Son siempre iguales. Porque sucede que las que en realidad tienen una vida novedosa romántica, variada, son precisamente las que no la cuentan a nadie. Pero ella quiere informarme de todo, no ocultarme nada porque al fin y al cabo, el saber no ocupa lugar, según el dicho ya consagrado. Puedo contestarle que es justamente por eso que tengo hambre y me propongo a comer. Porque como el saber no ocupa lugar, hay que llenar ese lugar con comida. Pero el hallar tan a mano la respuesta me parece una ventaja indigna y me felicito de no haber hecho uso de ella. Debo, pues, escucharla. Su vida habrá sido la de la protagonista de "Esclavos o reina".

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

No había otro camino, entonces, que hacerme el cuento. El marido era músico y tenía un carácter tremendo. Como ya no era rival, tuve el gesto altruista de reivindicar su memoria. Le hice ver que los artistas son un poco nerviosos y recordé el ejemplo del fallecido Miguel Angel Buonarroti y aun el maestro Toscanini que aún andaba vivito y coleando y que, según me lo han descripto, es sumamente irritable si se le interrumpe en su trabajo. Ella iba abriendo cada vez más los ojos. Como una niña que escucha un cuento. Pensativa. Subyugada por esa verdad. Porque la mayoría de las veces nuestros males y desastres desaparecen nada más que con encontrar las palabras que los expliquen. Cuando terminé me dijo:

—Si lo sabré yo como son los artistas que llevo tres años van para cuatro... No es un día ¿eh? Cuatro años aguantando a mi marido que es segundo píson de la Policía Marítima!

Y continuó con un detalle que era precisamente el que había desbordado el vaso, provocando esta entrevista. Esta mañana —como habitualmente todas—, estaba el hombre haciendo sus escalas de estudio con el instrumento. "Fuó fuó fuoo!!", según la eufonía que ella graciosamente reproducía, frunciendo su trompita roja. En camiseta, con los quesos al aire enganchados en el travesaño de la silla, sentado frente al artillo. Ella se acercó silenciosamente de atrás, diciéndole tres saltitos como quien va a arrimar una bocha y le colocó un beso. Y el tipo no pudo reprimir un gesto de repugnancia y escupió.

—Ya te dije que no me beses con la boca llena de sardinas —le increpó. Y la pobre, así rechazada en su expresión de cariño, se había resuelto a todo. Me di cuenta que estaba pensando precisamente en eso porque se le habían abierto los ojos de ternura, su cara adquirió un gesto mimoso y me regañó dulcemente:

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pasara lo que a mí, que la veía más linda, más hermosa, cuando estaba lejos de ella. Recordándola, afirmando, deseándola...

—Anda, asqueroso!... —¿Por qué?

—Te acordás las cosas que me decías por teléfono?

Me acordaba, seguramente. Pero más que eso me importaba otra cosa. Que mientras se hablaba conmigo esa muchacha estaba deseando irse para llamarla por teléfono. Y darme una cita. Y encontrarse conmigo de nuevo, para luego volver a desear irse a hablarle por teléfono. Pensé que, a lo mejor, en esa forma le parecía más misterioso, más imposible y por tanto más hermoso nuestro romance. Pensé también que, en una de esas, le gustaba el almacenero, dueño del teléfono. Pensé por último que, posiblemente, le pas

EL TERÓ

imprudente

SEÑAS PERSONALES



—Decime... ¿Ese doctor Gilmet, candidato de Viña, es el mismo que iba al Tupí?
—El mismo, che del Tupí.
—¿El mismo del Tupí?... ¡Pero qué tupé!

LAS 16 MANERAS QUE TIENE EL HOMBRE PARA SACARSE DE ENCIMA AL COBRADOR

EL CASUAL. — ¡Ah, el sastre! Cae usted al pelo, mire. Precisamente iba a ir un día de estos a pagarle todo junto y a encargarle un traje nuevo. Pero, eso sí, al contado.

EL ENERGICO. — ¡Es inútil, inútil, inútil! ¡Hasta fin de mes no hay nada que hacer; no vuelva antes, porque será inútil!

EL INDECISO. — Ah, la cuenta, sí... Vea... haga el favor de volver después del 15... ¡A ver!... No, no, no. Espere un momento. Venga mejor el primero. A las cuatro. O, mejor aún, a las 5. Si, a las 5. A las 5; eso es, a las 5.

EL OPORTUNISTA. — ¡Caramba, amigo! Si hubiera venido ayer! ¡Pensar que estaba con dinero y sin saber a quién me quedaba por pagar! ¡Qué lástima!

EL HOMBRE DE MAÑANA. — Digale que mañana, sin falta, pasare yo mismo por allí. Y que no se preocupe.

EL COMPASIVO. — Pero, hombre... ¿Otra vez usted? ¡Si ya le he dicho que no se moleste más! Me da pena verlo venir tan inútilmente. Yo iré por allá, ya se lo he dicho. ¡Cuando sea, yo iré por allá!

EL QUE TIENE QUE COBRAR. — Lo comprendo perfectamente. Si, señor; ¡tiene usted razón! Yo sólo estoy esperando la llegada de un giro importante. En cuanto lo reciba, usted corbra. Vaya tranquilo que cobra.

LA QUE PIERDE TODO. — Dice la señora que deje usted la cuenta, porque las otras se le han perdido.

EL MATEMÁTICO. — Apunte usted a cuenta: cuatro pesos con sesenta y cinco... Así que eran trescientos veinte con cincuenta y por lo tanto, ya no quedan más que trescientos quince con ochenta y cinco.

EL MAYORISTA. — Dice el señor que no le gusta abonar esos recibitos menudos; que los incluya todos en una factura global y que la mande cada semestre.

EL CÍNICO. — Vuelva usted el día primero. Y no se olvide, que no me gusta acumular facturas. ¡Por favor, no vaya a dejar de venir!

EL VENCIDO. — Digale que ya conoce mi situación; que espere otra temporadita, porque apenas yo salga de estas dificultades, él va a ser el primero que cobre.

EL GASTRONOMO. — Dice el señor que en este momento no puede atenderlo, porque está comiendo con invitados. Que vuelva después del quince.

EL OCUPADO. — Hombre... he tenido tanto que hacer, que no he podido encontrar un momento libre para confrontar mis notas con las suyas. Si no le viene mal, pase a fin de mes.

EL IRASCIBLE. — ¿Qué se cree su patrón? ¡No sabe él el momento que estamos pasando todos, absolutamente todos! ¡Digale que si quiere que le pague, que venga él mismo a cobrarme! ¡Vamos a ver si se anima! ¡Faltaba más!

EL DESMEMORIADO. — Vea: esta factura es una equivocación; tengo la seguridad absoluta de haberla pagado hace ya meses. Haga el favor de revisar bien los libros.

PARADISÍACA



—A que no sabes quién soy?

EL TERÓ

Imprudente

Semanario humorístico político y literario

Director:
Alberto Etchepare

Colaboran:
Julio E. Suárez
Serafín J. García
Julio C. Puppo
Asdrúbal Jiménez
R. Cestari Vidal
Carlos M. Gutiérrez
W. Ibarra

Administración:
Mary Santesteban

Colaboración técnica:
Amadeo Ferreira
Braulio F. Díaz
Irineo López
Jack Felscher
Víctor Vidal

Distribución:
Manuel Martínez (Distribuidora Uruguayana de Diarios y Revistas)

Impresión:
Talleres Gráficos "33", S. A.
Redacción y Administración:
Cerrito 685, esc. N° 7
Tel. 20-03-67

ENTRE MILITARES



—Dicen que Arroyo Torres se retira del Ministerio y de la política. Debe estar cansado. O a lo mejor se siente viejo...

—No me parece. Es un hombre de muchos "arrestos". todavía...

DIANA MODERNA



—Si, ese retrato me lo saqué el día de mi último "cazamiento".

Demografía

—¿Cuántos hijos tiene usted?
—Cuatro. Y por cierto que ya no tendrá ni uno más.
—Pero, por qué?
—Porque leí en un almanaque algo que se me ha quedado bien grabado, y es que de cada cinco niños que nacen, uno es chino!

EL DEFECTITO

—Te has casado, me dijeron.
—Sí, el mes pasado.
—Hombre, te felicito.
—Gracias. ¿Quién te lo dijo?
—Fernandez. Pero... (con timidez)... Es ejerto que tu mujer es... es una tanto biza!

—Sí lo será!... Figúrate que cuando llora, las lágrimas le caen por la espalda!

El más Allá

En una sesión de espiritismo, una viuda invoca el espíritu de su por supuesto difunto marido.

—Eres feliz ahí, querido?
—Mucho, hija mía.
—Más feliz de lo que fuiste comigo?
—¡No tiene comparación!
—Entonces el Cielo es tan bueno como dicen?
—No sé, querida... Yo estoy en el Infierno mismo!

Fábula sin Moraleja

La liebre vió que la tortuga se preparaba para salir. Y, muy soñadora, le preguntó:

—Adóndenes vas?
—A dar la vuelta al mundo, le contestó la tortuga.

—Y cuándo piensas volver?
—preguntó ironicamente la liebre.

—En realidad... —dijo la tortuga— estaré aquí antes de que esté habitado el Hospital de Clínicas.

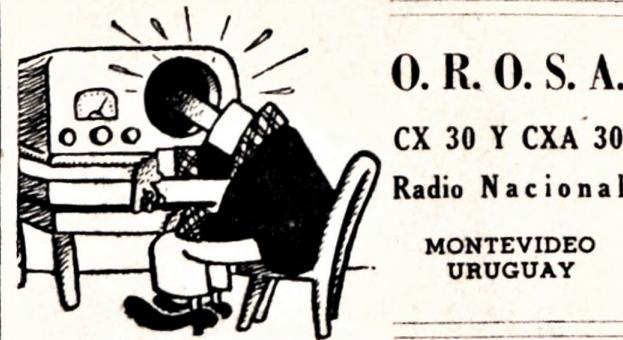
'Eso te lo garanto!

—Diré que tengo un solo hermano enfermo.

—Y por qué?

—Porque el otro lo quiero guardar para la semana que viene.

LOS MEJORES PROGRAMAS DEL DIAL



O. R. O. S. A.
CX 30 Y CXA 30
Radio Nacional

MONTEVIDEU
URUGUAY

DOS AL HILO

LA RISA Y EL LLANTO

En un círculo de café, una de esas peñas donde se habla de todo, desde lo divino a lo humano, alguien dijo:

—Después de todo... Qué hay entre la risa y las lágrimas?

—Muy poco si se tiene la nariz de José Pedreira y mucho si se tiene la de Humberto Frangella!— dijo uno que los conocía bien.

SENSIBILIDAD

La dama, una señora de gran corazón que había sido presidente de la Sociedad Protectora de Bichos durante cuatro ejercicios, alma sensible, con predisposición a la ternura, etc., etc., llama a su criado y le dice al oído, para que la aludida no la sienta:

—Ramón, por favor, quítame esa mosca que me está molestando y llévesela al jardín con mucho cuidado.

El criado cogió la mosca, se la llevó al jardín, pero vuelve enseguida diciendo a su patrona:

—Señora, aquí tiene la mosca otra vez. No tuve valor para dejarla en el jardín. Está tan nublado!

LA MUJER DE MI IDEAL es una costilla que vi los otros días y que tenía los dientes verdes de tomar mate. Cambié con ella breves palabras. Recuerdo que ella se estaba rascando y yo le interrogué o cuestioné, como también se dice: ¡Tiene bichos colorados, mis santa! — y ella respondióme con una voz argentina clara y valiente: —No, es una comézon, nomas... —si lee estas humildes líneas trazadas lápiz en ristre a "Lleno de encantos mil" (El Brasilero) Fonda de la Estación.

ENTRE ENAMORADOS

Unas Cuantas Monadas

Estaba muy orgulloso dentro de su jaula del Zoológico, porque la encontraba cada día más mona.

A todos los que viajaban al norte del Brasil, aquél tipo les encargaba que le trajieran un mono. Era lo que se dice, una monomanía.

Por lógica de la etimología, "monólogo" debía ser el lenguaje de los monos.

Los kimonos, deberán ser monos japoneses.

Monotonía vendrá a ser algo así como el buen tono de los monos.

Por qué "monoteísmo" no es la adoración de Dios por parte de los monos?

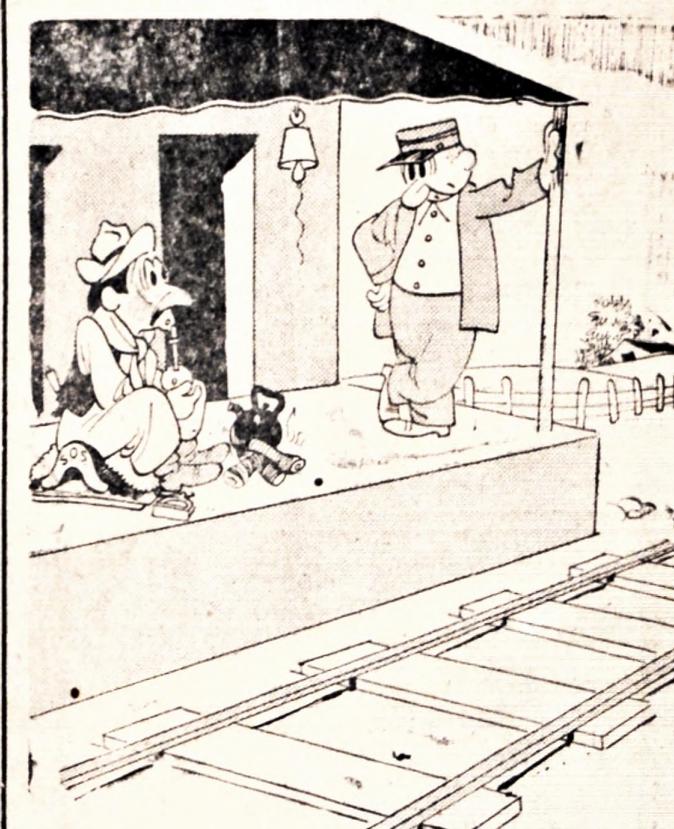
Que bien jugaba al polo aquel mono! Era, lo que dice un gran monopolista!

Aquel mono adoraba a su mona y le era absolutamente fiel. Cultivaba la monogamia.

Que mono cabeza dura aquél. Algo realmente monológico!

Todo le deslizaba bien a aquel mono... patín.

AL PIE DE LA LETRA



—Pero, paisano... ¡hasta cuándo piensa acampar en la estación?

Aquí no puede quedarse...

—Usted disculpe. Pero el doctor me dijo que tuviera mucho cuidado con el cambio de estación... Lo que soy yo no me muero. ¡No se embrome nadie!

—También agregué que era devoto de la buena fe y del cumplimiento de los compromisos.

—A mí no toleraba a los torpedos que ubicaban su esperanza

—Lo que dije — y aparte jactancia — fue que odio la burda maniobra que en política se usa de soberbia abusivo de los acomodos que junta los codos de los que se odiaban y hoy se alejan.

—Lo que es muy triste rasgo del del padrazgo y el del padrinazgo, que ansio que sean honestos los que se prefieran en todos los puestos.

—Y que es gran desgracia cuando los que se encadenan a la democracia!

—Ya me imaginaba que era cierto lo que se afirmaba! Usted es un hombre de seso. ¿Cómo dice eso?

—Las viejas verdades están desplazadas por las novedades! Usted, Don Gerundio, se ha quedado retrasado!

—También agregué que era devoto de la buena fe y del cumplimiento de los compromisos.

—A mí no toleraba a los torpedos que ubicaban su esperanza

—Lo que dije — y aparte jactancia — fue que odio la burda maniobra que en política se usa de soberbia abusivo de los acomodos que junta los codos de los que se odiaban y hoy se alejan.

—Lo que es muy triste rasgo del del padrazgo y el del padrinazgo, que ansio que sean honestos los que se prefieran en todos los puestos.

—Y que es gran desgracia cuando los que se encadenan a la democracia!

—Ya me imaginaba que era cierto lo que se afirmaba! Usted es un hombre de seso. ¿Cómo dice eso?

—Las viejas verdades están desplazadas por las novedades! Usted, Don Gerundio, se ha quedado retrasado!

—También agregué que era devoto de la buena fe y del cumplimiento de los compromisos.

—A mí no toleraba a los torpedos que ubicaban su esperanza

—Lo que dije — y aparte jactancia — fue que odio la burda maniobra que en política se usa de soberbia abusivo de los acomodos que junta los codos de los que se odiaban y hoy se alejan.

—Lo que es muy triste rasgo del del padrazgo y el del padrinazgo, que ansio que sean honestos los que se prefieran en todos los puestos.

—Y que es gran desgracia cuando los que se encadenan a la democracia!

—Ya me imaginaba que era cierto lo que se afirmaba! Usted es un hombre de seso. ¿Cómo dice eso?

—Las viejas verdades están desplazadas por las novedades! Usted, Don Gerundio, se ha quedado retrasado!

—También agregué que era devoto de la buena fe y del cumplimiento de los compromisos.

—A mí no toleraba a los torpedos que ubicaban su esperanza

—Lo que dije — y aparte jactancia — fue que odio la burda maniobra que en política se usa de soberbia abusivo de los acomodos que junta los codos de los que se odiaban y hoy se alejan.

—Lo que es muy triste rasgo del del padrazgo y el del padrinazgo, que ansio que sean honestos los que se prefieran en todos los puestos.

—Y que es gran desgracia cuando los que se encadenan a la democracia!

—Ya me imaginaba que era cierto lo que se afirmaba! Usted es un hombre de seso. ¿Cómo dice eso?

—Las viejas verdades están desplazadas por las novedades! Usted, Don Gerundio, se ha quedado retrasado!

—También agregué que era devoto de la buena fe y del cumplimiento de los compromisos.

—A mí no toleraba a los torpedos que ubicaban su esperanza

—Lo que

MONOS

DE

JULIO E. SUAREZ

Texto de los
autores de
la casa

MENÚ



—Y después me trae un poco de Reconstrucción Blanca junto con la fórmula Viña-Gilmei.

—No le entiendo, señor...

—Bueno. Una buena ensalada, quiero decir...

CRIOLLAZO



—Para mí que Artigas no tomaba mate... ¡Porque miren que salirse con aquella frase de "Con libertad, ni ofendo ni TERMO..."!

PROBLEMA



—Tiene usted el aspecto de un hombre feliz...
—Es cierto. Imagínese que me acabo de asegurar al mismo tiempo contra el incendio y contra el granizo.
—Comprendo lo del incendio, pero... ¿cómo se va a arreglar para que granice?

¿QUÉ PASÓ?



—¡Bárbaro! La matasie...
—No, hombre... Sólo le dije que había conseguido carne.

LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON



—Pero quien te dijo, Nicasita, que yo voy a votar por la Gina Lollobrigida...?
—A vos mismo te lo oí... Ayer mismo dijiste que votarías a la mujer soñada por bella.
—Por Beñite, querida, por Baille...

IDENTIDADES



—Pero, misia Remedios, me dijeron que su hijo este año no lo vota a Blanco Acevedo... ¿Será posible?

—Es cierto. Este año va a votar a la 14... ¿sabe?... Total, es la misma cosa.

LOS ACTORES

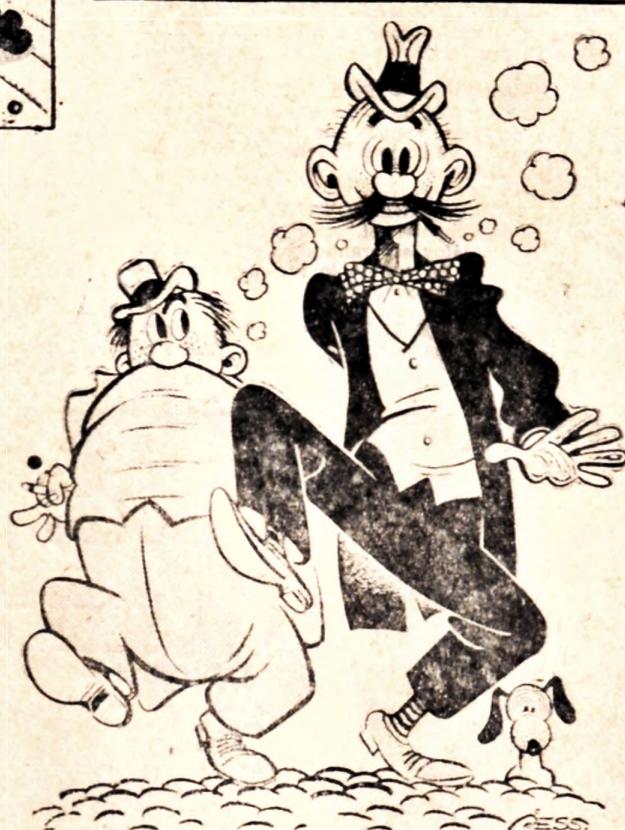
—Yo estoy fenómeno... Este año trabajé con la Comedia Nacional, con Barrault, con Santiguquito Arrieta... ¿y vos?

—Yo nada, che... Sólo hice una "rascada".

"To be or no to be"



—¿Qué soy? Un loro o una cororra? En estos tiempos de existencialismo surge cada duda que ya te digo... Entre los lectores que adviñen será sorteada una fotografía de los candidatos al Consejo Nacional por la Reconstrucción Blanca, que son las candidaturas más verdes que andan por ahí.



DE ESTOS TIEMPOS LOCOS

—¿Adónde vas tan apurado...?
—A ninguna parte. Pero tengo miedo de llegar tarde.

FORMAS DE ENTERARSE



—Hay que informarse sobre la situación política.
—Es una buena idea.
—Entonces, larga el paraguas y vamos a empaparnos bien.



CONTUNDENCIA



—En la vida no ha hecho otra cosa que tomar mate. Y ahora se acogió a la jubilación.
—A ese sí, entonces, que se la dieron por el mate...

ANTE LA ESCASEZ



—¡Qué horror! No aparece el cuerpo de la mujer asesinada en la Rambia... Se la deben de haber comido.

PROGRAMA



—¿Qué te parece, querida, si vamos a ver "La trampa siniestra"?

—No, viejo... Ya estoy harta de propaganda electoral.

DÍA MÁS, DÍA MENOS



—Ese proyecto de suprimir los sábados es colosal... ¿Te enteraste?
—Che... ¿Y no se podrían suprimir también los viernes, que es día de cobradores?